

leyes del mundo físico. Imposible es que sea de modo diverso del que es en cada caso. Hasta se la mide ya por medio del termómetro en las afecciones del órgano cutáneo. Así podían ser determinadas de antemano y fijadas todas las sensaciones, si se conociera con exactitud el grado de sensibilidad del órgano sobre el cual se opera. Las sensaciones son "fatales." Esta propiedad es la que ha seducido á los entendimientos severos, la que ha arrastrado á un gran número de sábios en las vías del sensualismo: agrada encontrar en el estudio del hombre las leyes generales que presiden en la vida de la naturaleza. El Dr. Beneke ha estudiado bien esta faz del alma en la Psicología; pero siguiendo la moda actual sacrificó todo el resto.

La sensación es "fatal" decimos, y en efecto es enteramente pasiva é "involuntaria." Recibimos sensaciones de cuanto nos rodea y no las producimos, á no ser en el caso de alucinación que es un desarreglo de la imaginación en que la misma sensación llega á ser imaginaria. No depende de nosotros que la sensación exista ó no exista, ni que sea esta ú otra; si así no fuera, ni los dolores ni los tormentos podrían apoderarse de nosotros. Bien podemos abrir y cerrar los ojos, volvernos de un lado ú otro y de esta manera colocarnos en posición de recibir una impresión que nos sea grata ó de evitar una que nos sea desagradable: esta es la influencia del espíritu sobre el cuerpo por medio de los músculos y de los nervios; pero en cada posición de esas la sensación se produce sin el más ligero concurso de la voluntad. La luz modifica el nervio óptico y el calórico ejerce su influjo en los nervios sensitivos, tengamos ó no voluntad para ello, y las modificaciones de nuestros nervios son exactamente correspondientes á la intensidad y calidad de los agentes. Por esto distinguimos los tejidos con el tacto, con la vista los colores y los sonidos con el oído, juzgamos de los objetos según la diversidad de las impresiones que de ellos recibimos. La base de todos estos juicios que expresan nuestra creencia en la realidad del mundo exterior, es que la sensación es fatal, es decir, que es como debe ser. ¿Qué significaría la sensación, con respecto á los cuerpos, si pudiéramos hacerla nacer ó cambiarla á nuestra voluntad? Serían entonces las cosas como las queremos y no como son; no habría medios de distinguir la realidad, de nuestros deseos. La fatalidad solo impera en el mundo de la materia, que en el mundo espiritual todo es voluntario y libre. La libertad es lo contrario de la fatalidad: es el elemento caprichoso de la creación que repele toda regla ó no se somete al deber más que voluntariamente. En donde domina la fatalidad todo está encadenado y ligado de una manera invencible; nada es allí voluntario; mas

en donde la voluntad domina todo puede ser ó no ser, ser de una manera ó de otra, todo es contingente, nada forzoso ni fatal. Así es que si la sensación es fatal es porque la voluntad no tiene en ella parte alguna.

Por esto es fácil juzgar de la sensación bajo el aspecto de la "verdad" y del error, cuestión controvertida en todos tiempos. La sensación es la fuente del mayor número de nuestros errores, dicen los escépticos, como lo acreditan las ilusiones de nuestros sentidos. La sensación dicen los sensualistas, es el conocimiento mismo y el principio de toda ciencia. Y hablando con propiedad la sensación en sí misma no es verdadera ni falsa, sino un fenómeno fisiológico que es como debe ser y que no puede convertirse en verdad ó en error más que por su relación con la inteligencia. La verdad no es lo que es, sino lo que es percibido ó comprendido como es; no sustancia sino relación y relación exacta entre el pensamiento y su objeto. No hay verdad más que para la inteligencia. Una enfermedad es también como es; pero no por esto es conocida y mientras permanece en tal estado no es verdadera ni falsa para nosotros. Solamente en la metafísica se puede decir que todo lo que existe es verdadero en cuanto á que Dios lo ve todo y conoce todas las cosas tales como son. Con respecto á nosotros la sensación como tal es indiferente para la verdad y para el error; pero como fenómeno puede ser objeto de la inteligencia y entonces será la ocasión, no la causa, de una verdad ó de un error según sea percibida conforme á su naturaleza ó contrariamente á ella.

La sensación tiene un elemento representativo para la inteligencia y uno afectivo para el sentimiento; por una parte afecta al alma de un modo agradable ó penoso según que favorece ó contraría nuestra sensibilidad nerviosa; por otra parte llama la atención y da al pensamiento la materia de un conocimiento; y en este se encuentra la verdad ó el error, no siendo entonces la sensación más que un objeto del pensamiento. El error, en fin, es un acto de la inteligencia y no de los sentidos; denota una combinación viciosa, una relación negativa entre el pensamiento y su objeto; existe cuando la inteligencia no comprende el objeto como es. El entendimiento es quien se engaña con motivo de la sensación cuando la percibe y ve otra cosa de lo que es; pero los sentidos no podrían engañarnos, supuesto que ni conocen, ni se conocen á sí mismos; nada afirman ni niegan, sino que reciben las impresiones y las transmiten al alma. No es por lo mismo exacto decir que la sensación contiene errores aun cuando experimentamos modificaciones diversas y contrarias de un mismo objeto. Cada sensación es como debe ser en el momento en que se efectúa. Y cairemos en error indefectiblemente

si nos precipitamos á juzgar del objeto sin tener en cuenta el estado de nuestros órganos. De que la sensacion del gusto sea desagradable no se infiere que el manjar sea malo. Y mucho erraríamos por apreciar el tamaño, la distancia ó la forma de los objetos por la sola impresion de la vista. Veo dos bastones á distancia de algunos pasos: digo segun el testimonio de mis sentidos que están á cinco metros, que son redondos y que el uno es doble del otro; despues mido y resulta que me habia yo equivocado en algunos centímetros y que los bastones no son redondos sino ovalados. ¿En dónde está el error? No en mis sentidos que en circunstancias iguales me dan siempre un mismo testimonio, sino en el juicio que formado sin atender á todos los incidentes que complican la trasmision y la reflexion de la luz. Veo un árbol en parte hundido en el agua, juzgo que el tronco es oblicuo siendo en realidad vertical, porque me olvidé de la refraccion, siendo así que la sensacion nada olvida. Pensaban los antiguos y ahora creen los niños que la luna es tan grande como el sol, porque juzgaban por el diámetro aparente é ignoraban la distancia respectiva de los dos astros. Hasta lo infinito pudieran multiplicarse los ejemplos y siempre con el mismo resultado; el error en el conocimiento sensible proviene de la inteligencia y no de los sentidos á causa de una interpretacion inexacta de la sensacion ya sea porque no tome en cuenta el estado de los órganos, ya porque no atienda á las leyes á que está sujeto el fenómeno.

Cuando se imputa el error á los sentidos se confunde la sensacion con la percepcion. El sensualismo ha hecho riquísimos esfuerzos para identificar estos dos hechos, no obstante que son contrarios estos actos de los sentidos y de la inteligencia, físico el uno, pasivo, fatal y espiritual, espontáneo y libre el otro. Comprendía el sensualismo que podia esperar el buen éxito de su tesis: "el alma no es mas que sensibilidad" si lograba introducir la espontaneidad y la reflexion en el alma bajo la cubierta de la sensacion. Y en efecto si la sensacion es una percepcion la alma aunque reducida á la sensibilidad, es activa é inteligente y entonces ya es fácil explicar el juicio y el raciocinio y hasta la razon; pero esta sencillez es una supercheria que no puede satisfacer mas que á quienes estan ya prevenidos. Condillac comienza por absorber la "atencion" en la sensacion; en vano seria decirle que constantemente en el estado de vigilia tenemos sensaciones sin que por esto les consagremos la atencion, de suerte que la sensacion puede ser ó no ser conciente, segun que tenga ó no el concurso de la inteligencia, que el idioma mismo consagra la distincion de ambas cosas supuesto que tiene terminos diferentes para designar cada sensacion en uno y en

otro caso, como oír y escuchar; pero todo seria inútil, porque la atencion para Condillac no es mas que la sensacion mas viva, que aparta ó se sobrepone á las otras. Si así fuera nunca podriamos reflexionar mas que en nuestras sensaciones, ni habria meditacion y contemplacion, ni existiria la libertad, ni habria direccion en la vida intelectual, porque á cada instante hay una sensacion predominante. El hecho es que cuando no hay una preocupacion grave, la sensacion mas fuerte ó menos habitual llama la atencion porque sacude el sistema nervioso al cual está intimamente unida la alma; pero provocar la atencion es absolutamente diverso de constituir la atencion. La atencion y la sensacion pueden ser converjentes como el cuerpo y el alma sin ser identicos. La atencion es un movimiento voluntario del pensamiento, una funcion de la inteligencia y no de los sentidos, que tiene por objeto ya una representacion sensible, ya un principio racional. Lo físico no se transforma en moral. Esta sencilla observacion que es conforme con la esperiencia individual y el buen sentido de los pueblos que la han consignado en sus idiomas, destruye completamente la doctrina sensualista y por consecuencia el materialismo en razon de que ya está establecido que no nos viene de fuera por conducto de los sentidos ya hecho el conocimiento, sino que se forma en nosotros, que es un producto de nuestra inteligencia y que su primera condicion en el alma es la atencion.

Pero no basta con la atencion, sino que es necesario comprender, La "percepcion" es la segunda funcion del entendimiento y la segunda condicion intelectual del conocimiento. Los sensualistas la confunden con la atencion, es decir, con la sensacion. Y sin embargo no son nuestros sentidos quienes perciben, sino nosotros mismos por medio de nuestros sentidos. El ojo es el instrumento no la causa ó el agente de la vision. Si así no fuera nunca habria error en nuestros conocimientos sensibles, supuesto que no hay error en la sensacion. El espíritu percibe lo que quiere y cuando quiere: escoge entre los fenómenos sensibles los que mas le agradan, fija en ellos su atencion y los comprende: aparta las sensaciones que pudieran distraerlo y cuando ha observado lo suficiente cierra los sentidos ó los dirige á otro rumbo y deja de percibir los objetos para percibir sus relaciones, para estudiar las causas ó las condiciones de su aparicion. Todo este trabajo se hace fuera de la sensacion y tal vez hasta contradiciéndola; luego sentir no es percibir ni conocer; porque por una parte percibimos lo que nos dan los sentidos como son las leyes y los principios y por otra parte con frecuencia percibimos lo contrario de lo que nos dan lo

sentidos. Se habla junto á mí: no depende de mi voluntad que el ruido hiera mis oídos; pero depende de ella el escuchar lo que se dice; cuando escucho percibo; pero puedo engañarme; aunque el nervio auditivo repercute con toda fidelidad los sonidos puedo equivocarme y oír palabras muy diferentes de las que se han dicho, y entonces la sensación es exacta y la percepción falsa; la sensación es involuntaria. la percepción es libre; la sensación no es mas que una modificación de la materia nerviosa; la percepción es un acto del espíritu: la sensación pasa desapercibida si el espíritu no está presente y no adquiere valor para el conocimiento mas que por la percepción. Si el alma no tuviera mas que sentidos, lejos de saberlo todo, no tendria conocimiento alguno.

¿Qué es lo que el espíritu percibe? ¿Cual es el "objeto directo de la percepción"? No es la cosa exterior, el cuerpo que se mueve en el espacio, sino la sensación, es decir la modificación de los nervios ó la impresión nerviosa. Hé ahí un punto importante y fecundo en consecuencias. Recuerdense las relaciones del alma en este mundo que hemos estudiado en la Psicología. El alma está en relaciones con el cuerpo al cual está unida; pero esta relación no es íntima como relación de conciencia y de sentimiento inmediato, mas que con una parte del cuerpo, con el sistema nervioso de la vida de relación y no con el centro del sistema, con el encéfalo ni con el trayecto de los nervios desde el centro á la circunferencia, sino con la periferia, en donde los nervios cerebrales ó raquídeos se desvanecen en los órganos sensorios en cuanto á que estos nervios reciben la acción de los objetos exteriores. Es un hecho que no conocemos por el sentido íntimo los fenómenos de la vida vegetativa, ni aun la estructura del cerebro ó la dirección de los nervios que van á terminar en los órganos: solamente la anatomía nos da enseñanza en esta materia; pero percibimos y sentimos inmediatamente lo que sucede en los órganos de los sentidos cuando están abiertos; y bajo la condición de que el sistema nervioso se halle en perfecto estado: la anatomía es inútil para ver y para oír, para sentir un dolor ó un placer así como para dar movimiento á los músculos por medio de los mismos nervios. Tal es el límite exacto de la relación íntima de la alma con el cuerpo. Las demás relaciones del alma en la creación están subordinadas á esta relación. En calidad de inteligencia, de sentimiento y de voluntad no estamos en comunicación con el mundo de los cuerpos y de los espíritus mas que de un modo indirecto, por medio de nuestro sistema nervioso. Los cuerpos y los seres racionales no se revelan mas que á nuestros sentidos y no pueden ser conocidos ó sentidos mas que por este intermedio.

No podemos ver ni oír espíritus; pero vemos gesticulaciones y oímos sonidos que representan como signos los actos de la vida espiritual. Las relaciones del alma con Dios son las únicas extrañas á la sensibilidad y se establecen por medio de la razón. Es preciso no echar en olvido que solo dos facultades receptoras tenemos, que son los sentidos y la razón para ponernos en relación con el conjunto de las cosas, con el mundo y con Dios y para acopiar todos los materiales de nuestra actividad.

La teoría del conocimiento es una aplicación de estos datos psicológicos. Así como el alma no siente los objetos exteriores sino solo el placer ó dolor que le causan, tampoco percibe las cosas de fuera, sino solo las sensaciones que le son transmitidas por los órganos. El objeto inmediato de la percepción es la sensación, nada mas que la sensación, es decir, un estado nervioso del cuerpo, una modificación de nosotros mismos. El hombre está limitado á sí mismo en el conocimiento sensible y no puede comprender la naturaleza mas que por sus sentidos y en sus sentidos. No percibe las cosas sino una impresión, una huella de las cosas segun la bella alegoría de Platon. Extraña parece á primera vista esta conclusión y compromete la realidad del mundo exterior; pero está justificada por los hechos y confirmada por la autoridad de los mas grandes pensadores de todas las épocas. Todos los filósofos están de acuerdo en que no percibimos inmediatamente los objetos; solo Reid es de opinión contraria.

Los peripatéticos, en la antigüedad y en la edad media, suponían entre el espíritu y los objetos, "formas" ó "especies sensibles," es decir efluvios ó imágenes que se escapaban de los cuerpos y se encontraban con el alma ó el "sensorium" en que reside, dejando una huella en los órganos. Conocía que hay un intermedio; pero lo expresaron mal; las especies sensibles desaparecieron con las entelechías y las causas ocultas, y quedó la sensación. Convencido Descartes de que el espíritu y el cuerpo están radicalmente separados, reemplazaba las especies sensibles con las ideas, únicas que tienen acceso al alma. No está seguro de la naturaleza de las ideas adventicias que cuida de distinguir de las innatas: á veces vienen de los cuerpos y parecen extrañas al alma, á veces son formadas por el espíritu con ocasión de alguna cosa que emana de los cuerpos. En el primer sentido no valen mas que las formas de Aristóteles; en el segundo son el producto de la imaginación que acompaña á la sensación y que nos representa las cosas. En todo caso, segun el fundador de la filosofía moderna, el alma no percibe mas que sus propias impresiones y debe referirse á Dios para creer

en la existencia del mundo exterior. Mallebranche no hace mas que trasportar á Dios esas ideas de cuerpo que su maestro colocaba en nosotros; quiere que veamos en Dios las ideas de las cosas. Todos, dice, estamos conformes en que no percibimos los objetos que están fuera de nosotros, por sí mismos, supuesto que tales objetos no nos están intimamente unidos. Podrán los espíritus descubrirse directamente á nuestro pensamiento cuando reinen, como en el cielo, la justicia y el orden, por la union íntima de las almas; pero las cosas materiales no pueden unirse de este modo al alma que no tiene extension y carece de relaciones con ellas. El alma no va á pasearse por los cielos para contemplar al sol y á las estrellas. El objeto inmediato de nuestro espíritu cuando ve el sol, no es el sol sino una cosa que está íntimamente unida á nuestra alma y á la que llamo "idea." Para percibir un objeto es necesario que la idea de tal objeto nos esté presente y todas las ideas de los cuerpos se hallan en Dios—Tal es la profunda teoria de la vision en Dios, nacida de las concepciones metafísicas de Descartes sobre el alma, los cuerpos y las ideas. Las de cuerpo ocupan el lugar de las especies sensibles y materiales que ya no eran compatibles con la nueva psicología. Berkeley ha espresado con toda claridad la consecuencia de esto: racionando en la hipótesis de las ideas intermedias tomó el partido de suprimir las cosas, como inútiles, supuesto que tenemos las ideas, que para todo bastan. Hume aplaudió: Kant imaginó otros intermedios entre el espíritu y las cosas, y son el tiempo y el espacio, como formas de la sensibilidad. Todos estos autores parecen estar conformes en admitir que la percepcion del mundo exterior es indirecto; para Reid disiente de todos.

Si examinamos, dice, ese acto del espíritu que se llama "percepcion" encontraremos en él tres cosas: alguna concepcion ó nocion del objeto percibido: luego, el conocimiento irresistible de su existencia actual y por fin la creencia de ella que es inmediata y no un efecto del racionio. Y en verdad, es imposible percibir sin tener alguna nocion de lo percibido. La percepcion sensible es un acto del entendimiento que comprende un objeto presente y determinado, y que por consiguiente lo conoce ya en algun grado. Estamos de acuerdo en esto; pero lo que se trata de saber es cual es el objeto de la percepcion. Reid asegura que es una cosa exterior; nosotros decimos que es la sensacion sea cual fuere la causa del fenómeno sensible. Sin duda que creemos firmemente en la existencia del objeto, cuando la percepcion es distinta: si percibimos una estrella decimos que la estrella existe, y no habrá juez alguno que con el pretexto de que la vista no es digna de fé rechazè el

testimonio de una persona que asegure haber visto cometer un crimen. ¿Pero cual es el origen de esta creencia? ¿Es primitiva, ó es efecto de un hábito contraido desde la infancia?—Respecto del primer ejemplo, saben bien los astrónomos que puede haber dejado de existir desde hace siglos una estrella y no obstante seguirla mirando nosotros. El conocimiento no es pues irresistible y la sensacion aunque real no prueba necesariamente la existencia actual del objeto. El mismo Reid consigna dos escepciones que deben ser de la creencia que proclama. Conciérne con la primera á los hipocondriacos que se persuaden de las cosas que parece contradecir el testimonio evidente de sus sentidos; pero las leyes generales de la inteligencia no se destruyen por los desórdenes que haya en las facultades de los enfermos. La segunda conciérne á los escépticos que rechazan la deposicion de los sentidos; mas la duda es mas bien teórica que práctica; en la materia de la filosofía no hay memoria de que un escéptico se haya presipitado al fuego ó al agua, ni que en caso alguno haya manifestado menos confianza que otro hombre cualquiera, en los sentidos, lo cual nos hace creer que quienes reniegan de sus sentidos no tienen grande fé en su propio razonamiento. Hábil es la respuesta; pero en manera alguna toca á la teoría del conocimiento. Ya veremos que aun hay otras excepciones que nos apresuraremos en esplicar.

Provisionalmente concideremos que á la percepcion acompaña en los hombres sanos de espíritu la creencia de que existen objetos exteriores y vamos al fondo de la cuestion, Reid sostiene que este conocimiento es inmediato, que no es consecuencia de un racionio. La oposicion que expresa entre los procedimientos del espíritu está bien determinada, pero se equivoca en el hecho. Y casi conviene en ello porque despues de haber establecido su principio agrega que "que este no es siempre verdadero, que personas cuya inteligencia está bastante desarrollada para distinguir los objetos de pocos muy imaginacion, de las cosas que tienen una existencia real. . . . Por lo mismo se puede dudar de que los niños cuando comienzann á servirse de sus sentidos distinguan inmediatamente las cosas que no son mas que concebidas ó imaginadas, de las que realmente existen; y mientras que no somos capaces de este discernimiento no se puede decir con propiedad que creemos ó que no creemos en la existencia de alguna cosa; el convencimiento de la existencia de alguna cosa parece suponer la idea de existencia, idea quizá demasiado abstracta para un niño. Hablo pues, aquí, de la facultad de percepcion tal como es en personas adultas y de espíritu sano. . . ." Aquí precisamente es á donde queremos llegar. El convencimiento

de que existen objetos que corresponden á nuestras sensaciones no es pues primitivo, sino el resultado legítimo ó ilegítimo de la experiencia que venimos adquiriendo desde la infancia; no es inmediato, sino la conclusion de una serie de observaciones que hemos hecho sobre el uso y alcance de nuestros sentidos y que en la edad adulta se impone al espíritu y ordena su asentimiento como un hábito. Y no es posible que sea esto de otro modo, supuesto que los sentidos no nos dan mas que sensaciones y no conocimientos, que la percepcion es una funcion del espíritu y que en calidad de tal no estamos en relacion directa con el mundo exterior.

La demostracion del hecho resulta del análisis de nuestros sentidos. Prucuremos primeramente considerar la cuestion en su conjunto y en sus consecuencias. Si la sensacion es una modificacion de nosotros mismos y si la percepcion no se aplica mas que á nuestras impresiones, evidente es que la sensacion y la percepcion solas no nos autorizan á confirmar la existencia de un mundo exterior. Cuando tengo conciencia de mis pensamientos y me represento un caballo alado, no estoy por ello dispuesto á creer que existe tal animal: cuando tengo por el contrario conciencia de mis sensaciones, me figuro involuntariamente que existen cuerpos dotados de propiedades sensibles. ¿Porqué hay esta diferencia? ¿Mis sensaciones no están en mí como mis pensamientos? ¿Y qué prueban los actos del yo con motivo de un no yo? ¿Cómo podemos salir de nosotros mismos y afirmar alguna cosa fuera de nosotros? Con ayuda del "raciocinio." Si es ó no fundado este procedimiento, no lo sé; pero es indubitable que existe. Si el mundo exterior no es objeto de una percepcion inmediata del alma, no puede ser concebido mas que de una manera indirecta por medio del raciocinio. A primera vista esta solucion ofrece algunas dificultades, que fueron sin duda las que hicieron retroceder al buen sentido de Reid; pero que pronto desaparecen. De este modo, se dirá, la afirmacion del mundo exterior no es un hecho primitivo de la conciencia, sino una conclusion del entendimiento. Y así es: el espíritu concluye del efecto á la causa, de la sensacion al objeto, tan pronto como ha reconocido los límites de su propia existencia y ha distinguido las caprichosas imágenes de su imaginacion cuyo autor es, de las sensaciones fatales que lo afectan independientemente de su voluntad. Un solo hecho primitivo del pensamiento existe: la conciencia de sí mismo: "Cogito, ergo sum." El alma se comprende á sí misma sin intermedio por intuicion directa, pero al principio nada sabe de la naturaleza ni de sus semejantes. No existe un mundo exterior mas que para un ser

limitado, como el hombre ó el animal y un ser no puede tener conciencia de ese mundo exterior ó reconocerlo como tal, sino tiene desde el principio conciencia de su propia limitacion; y solamente el hombre tiene esta conciencia. ¿Cómo podriamos decir que los cuerpos están fuera de nosotros, si no supiéramos por los vacíos que hay en nosotros, por nuestra debilidad, por nuestros esfuerzos, que nuestro ser tiene límites y que por lo mismo existe algo mas que nosotros mismos? No podemos llegar fuera de nosotros sino es por el conocimiento previo de nosotros mismos y debemos inferir el exterior partiendo de la limitacion de nuestro interior. Apóyase naturalmente esta conclusion en los fenómenos de la sensibilidad que exigen una causa y cuya causa no está en nosotros. Si se necesitara una prueba mas de que el yo se reconoce antes de tener conciencia del no yo, la encontraríamos en la consecuencia que un autor ha inferido de la tésis contraria. "El conocimiento del mundo exterior es, dice, indispensable para el conocimiento que tenemos de nosotros mismos, y como este es inmediato se deduce que los objetos son conocidos por nosotros inmediatamente y "sin intermedio." La falsedad de la conclusion prueba la falsedad de las premisas que la contienen. Y á la verdad no puede uno imaginarse un modo mas extravagante de exponer un error grosero para sostener una proposicion erronea.

Querria decir esto que los niños no llegan al mundo de los cuerpos si no es conociéndose, si no es juzgando y racionando, si no es siendo sabios. ¿No es esto absurdo? En el conocimiento hay grados infinitos. Desde que el niño entra en la vida tiene sensaciones y las explica por medio de sus gritos, y sin embargo nada sabe de la tierra, lo que prueba con toda claridad que sentir no es conocer. El niño tiene que aprender todo en este mundo; pero aprende pronto, merced á su maravilloso instinto; tiene que descubrir por sí mismo y á sus espensas el uso de sus miembros y de sus sentidos; tiene que observar en sí mismo las sensaciones que le plazen y las que lo mortifican para procurarse aquellas y huir de estas: tiene que hallar sin mas guia que su experiencia propia, las palabras y los signos que correponden á sus pensamientos, para entrar en comunicacion con sus semejantes. El niño no es tan ignorante como se le cree, porque en el trascurso de un año, antes de que nada se le pueda enseñar, ha resuelto los mas difíciles problemas de la vida. A su primera sensacion causada probablemente por el contacto de la atmósfera, anuncia que ha sido afectado y que se siente, se afirma á sí mismo; pero no tiene conciencia del cambio que se ha operado en su condicion, ni de las nuevas causas que

obran en sus órganos. Cuando sus sentidos se han despejado algo, dirige su atención hacia afuera ¿pero será en realidad hacia afuera? Algo siente, algo percibe, es verdad; pero no percibe más que lo que pasa en sus órganos. ¿Porque ha de pensar que hay algo más que él? Nosotros podemos decir que ve casas, árboles, animales que no están en él; pero esto lo decimos nosotros; él nada de esto sabe, ni distingue desde luego estos objetos externos que han quedado en su memoria y en su imaginación: hace lo que los animales, que perciben el mundo sin saber nunca que es exterior, porque no tienen conocimiento de su interior: sucede a los niños lo que a nosotros en los delirios, confundir el yo con el no yo. Mas la duda va a desaparecer. El niño está aturdiendo con lo que ve y con lo que oye: entonces observa con la mayor atención, está serio y no dejará de estarlo antes de calmar su aturdimiento; comienza para él el período de experiencias; se palpa, se mira, gesticula: esto es mío, lo siento, lo nuevo cuando quiero, como quiero, y lo siento de dos maneras, en la mano y en el miembro que es tocado; esto no es mío, no lo siento más que en la mano y no puedo moverlo a mi voluntad. Luego yo soy alguna cosa y no soy todo: hay para mí un interior y un exterior.

Y no hay que admirarse de que el niño juzgue y ratiocine sin saber lo que es ratiocinio, porque todo ser inteligente ratiocina según su naturaleza y sus fuerzas. El niño no forma silogismos, ni necesita para obrar, del análisis de sus operaciones: cuando observa dos cosas y entre ellas ve una relación cualquiera, juzga: bastale como materia de su juicio con una sensación agradable ó dolorosa: cuando percibe tres cosas enlazadas entre sí de algún modo, ratiocina: la nodriza, la leche y el placer forman una serie natural cuya sucesión comprende el niño sin trabajo: la nodriza trae la alegría porque ella da el alimento. No se necesita mucho tiempo para pasar de la primera noción a la tercera y el ratiocinio es instantáneo cuando comprende nociones que son familiares. Y en ratiocinios de esta clase se funda nuestra creencia en el mundo exterior con ocasión de las sensaciones que de él recibimos.

Tal es el sendero que sigue el desarrollo del pensamiento en el niño, para pasar del yo al no yo. El obstáculo que detuvo a Reid no lo es para nosotros. Esta marcha del pensamiento no solo está conforme con las enseñanzas de la psicología experimental sino que está además indicada por la fisiología en lo que concierne ya al "ejercicio" de nuestros sentidos en la infancia ó en estado de enfermedad, ya a las "ilusiones" a las que durante toda la vida estamos espues-

tos. "La distancia, tamaño, forma y movimiento de los objetos son apreciados solamente por un trabajo de la inteligencia. Por ella aprendemos a referir las impresiones que produce la vista de los objetos en nuestra retina, a los cuerpos de donde parte la luz. El niño tiene que educar su inteligencia con respecto a la vista, lo mismo que el ciego que la ha recobrado por medio de una operación." He ahí bien demostrada la necesidad de la experiencia personal en las percepciones visuales. Lo mismo sucede con las percepciones sonoras, que parecen ser de más difícil interpretación. "Nada prueba tanto que el oído necesita educación, como el observar a los sordo-mudos que por fortuna, muy rara en verdad, han adquirido el oído, como sucedió a Trésel, sordo-mudo de diez años de edad. Durante los primeros días después de su curación, todos los sonidos y aun los ruidos le causaban un placer estremado, pero pasó algún tiempo antes de que notara que la palabra es un medio de comunicación, y aun así se fijó primeramente en el movimiento de los labios y no en los sonidos, de tal manera que creyó que un niño de siete meses hablaba, porque le vio mover sus labios. Cerca de tres meses transcurrieron antes de que pudiese distinguir algunas palabras y mucho tiempo pasó para que conociese la dirección de los sonidos, hasta el punto de que habiéndose ocultado una persona en la pieza que habitaba Trésel y llamando a este repetidas veces, con suma dificultad descubrió el lugar de donde salía la voz." El mismo tacto está espuesto a ilusiones y necesita el aprendizaje. "Si ponemos, teniendo cerrados los ojos, la mano sobre una mesa y alguna persona nos pasa por la extremidad de los dedos unos pedazos de papel y luego tiras de metal ó de vidrio, con suma facilidad confundimos estos objetos; pero en las mismas circunstancias los distinguimos si podemos pasar la extremidad de los dedos sobre los mismos objetos y juzgar de su consistencia por la resistencia que ofrecen. Otra experiencia demuestra la necesidad del juicio para apreciar la forma. Si se cruzan dos dedos de la mano para hacer girar una pequeña bola entre los bordes de dichos dedos, que habitualmente no se tocan, se cree que hay dos bolas. Y es que en verdad la sensación es de dos esferas que el juicio reduce por hábito, a una sola. "Es necesario pues, juzgar y ratiocinar para llegar a los objetos con ayuda de nuestros sentidos, siendo así que percibimos directamente las sensaciones. La pedagogía ha utilizado esta verdad: la educación de los sentidos es formalmente considerada en los "Jardines de niños" en que está aceptado el método de Froebel. Maravillosos en verdad serían los resultados en las artes, en las ciencias